

Rafael Caldera

Ex-Presidente de Venezuela

Agradezco altamente al Instituto Interamericano de Derechos Humanos y a CAPEL la invitación para participar en este Simposio, integrado por gente de muy alta y muy reconocida calidad y para alternar con dos figuras como el Presidente Belisario Betancur y el Presidente Raúl Alfonsín, que no sólo —y quizás no principalmente—, por el hecho de haber ejercido la máxima jerarquía de la administración y gobierno en sus respectivos países, sino por sus méritos personales, propios, por su larga carrera en la vida política y en la lucha por las libertades, por los derechos humanos y por la democracia en América Latina, gozan de un reconocimiento general. Me siento muy honrado de departir con ellos. El desagradable privilegio de la antigüedad me hace iniciar el debate.

Es cierto: soy más antiguo en el ejercicio de la Presidencia y también soy más antiguo en la partida de nacimiento; por estas circunstancias me corresponde hablar primero, aunque ya sé que tanto el Presidente Betancur como el Presidente Alfonsín han tenido intervenciones muy importantes en el desarrollo del Simposio.

El hecho mismo de que se provoque una reunión como ésta, con el tema de la Consolidación de la Democra-

cia en América Latina, nos llama a una profunda preocupación. En este momento, en Europa se cuestionan los gobiernos, pero no se cuestiona el sistema. El sistema se somete a análisis para mejorarlo, reformarlo, pero ya no se oyen voces que pretendan señalar una alternativa no democrática para quienes no están de acuerdo con el desarrollo de la actividad política del gobierno y de la legislación. Pienso que en ninguno de los países del Viejo Mundo, se discute la validez del régimen. No podemos decir que ello se deba a que la democracia ya sea muy vieja, porque no lo es sin duda en Alemania, por ejemplo. En Alemania la democracia es un fenómeno relativamente reciente, porque del Imperio Prusiano se pasó al Imperio Alemán y con la transición muy breve de la República de Weimar se cayó en la terrible experiencia del Nazismo.

Sin embargo, los partidos se discuten; las ideas se plantean; pero creo que nadie se atreva o tenga audiencia si expresa la posibilidad de que la democracia sea sustituida por un régimen distinto. Lo mismo en el caso de Italia; y no quisiera seguir nombrando países. Tendríamos que llegar a otras consideraciones. Quizás en España, después de 40 años de gobierno del Caudillo Francisco Franco aunque, existe una clarísima conciencia democrática, sin embargo, es posible que haya algunos de esos que aquí en Venezuela llamaba Rómulo Betancourt "añoradores", que todavía piensen que algo parecido a lo que existía durante 40 años pudiera volverse a producir.

Esta cuestión de que nos preocupa la consolidación de la democracia en América Latina tiene a mi modo de ver un origen muy claro: es que estamos todos muy felices de que por primera vez la casi totalidad de los países latinoamericanos estén gobernados por gobiernos electos a través del sufragio popular, y esa situación que indudablemente nos tiene que llenar de optimismo porque

una década atrás estábamos muy pesimistas con la existencia de regímenes de fuerza; pero nuestro ánimo no está exento de inquietudes, de preocupaciones y de angustias, de la inquietud por cómo podrá ser el desarrollo futuro, sorteando los peligros y las dificultades que las nuevas democracias atraviesan en América Latina.

En un Simposio parecido a éste, un profesor planteaba que la transición del régimen de fuerza al régimen civil, al sistema civil, al sistema democrático se había realizado en unos países *por colapso* y en otros *por consenso*. El colapso existió en Argentina, cuando después de la aventura de las Malvinas, a pesar del apoyo solidario que la América Latina le dio al pueblo argentino en cuanto a la reclamación de sus legítimos derechos, se llegó hasta el punto de que se estableció una costumbre que parece que tiende a generalizarse, que fue la de acortar el período y adelantar la entrega al Presidente Alfonsín del gobierno para que se hiciera cargo del poder, como echándole en las manos un clavo caliente. Y otros países han experimentado la transición por consenso, proceso que ha sido mucho más difícil; por consenso se realizó la transición del régimen autocrático al régimen democrático en el Uruguay, por ejemplo, o en el Brasil, y creo que en gran parte la situación actual de Chile puede encajar dentro de esta clasificación.

Pareciera que los países como el nuestro, que hace 32 años logró el nacimiento del régimen democrático por colapso de la autocracia, con todas las dificultades, al fin y al cabo encontramos un camino relativamente más fácil de transitar que los países que han llegado por consenso; porque las negociaciones previas y las exigencias posteriores a la trasmisión del mando de quienes lo ejercían de hecho a quienes lo tomaron de las manos del pueblo, ha sido un proceso difícil. Una de las cuestiones que tiene que inquietarnos más a los latinoamericanos de hoy, felices como estamos por el triunfo de Patricio

Aylwin en las elecciones chilenas, es el proceso que se va a plantear en Chile como consecuencia del condicionamiento y de los privilegios que el régimen *de facto* quiere conservar, aun después de realizada la entrega del gobierno a las manos del nuevo presidente.

Cuando empezó la experiencia democrática en Venezuela, hace 32 años, Rómulo Betancourt solía repetir la expresión de la madre de Napoleón cuando estaba en pleno esplendor el Imperio: *pourvrie que dure* (con tal que dure) y realmente, el año de la provisionalidad fue tremendo. El alzamiento del general Castro León el 23 de julio de 1958 prácticamente puso por el suelo al Gobierno provisional surgido después de la salida del Presidente Pérez Jiménez, y después la propia guarnición encargada de custodiar el Palacio presidencial se alzó el 7 de septiembre. Y al iniciarse el gobierno del Presidente Betancourt tuvo que enfrentar conspiraciones de derecha y de izquierda; la de derecha que por poco le corta la vida, le costó la vida al Jefe de su Casa Militar que iba en su automóvil, heridas para el Ministro de la Defensa, y para él mismo unas quemaduras y una serie de trastornos que indudablemente le acortaron la vida. Y las insurrecciones de la extrema izquierda en Puerto Cabello, con un alzamiento que produjo varios centenares, quizás algunos millares de muertos, porque la cifra exacta nunca se ha dado a plenitud; en Carúpano, en Barcelona, etcétera.

De manera que el proceso indudablemente es difícil en todas partes; para nosotros lo fue; pero en este momento nos preocupa a los latinoamericanos tratar de estimular, de ayudar, de apoyar, de buscar caminos y no solamente a través del análisis sino a través de la solidaridad fraterna, para que los países que han recuperado o logrado el sistema democrático en este Hemisferio puedan seguirlo manteniendo con firmeza.

Hay un factor que hasta cierto punto avergüenza mencionarlo, pero creo que en una reunión como ésta,

que es política pero también científica, no se puede ignorar un elemento importante; la posición de los Estados Unidos frente al problema. Indudablemente, el hecho de que los Estados Unidos, con un Gobierno republicano (que ha sido siempre considerado como el más proclive a ver con simpatía los gobiernos de fuerza) haya tomado una posición clara en apoyo a los gobiernos democráticamente electos de cualquier partido, de cualquier signo, es de mucha importancia. Ya no tiene vigencia afortunadamente, un chiste que me dijeron una vez en Buenos Aires, me preguntaron: “—¿Ud. sabe por qué no ha habido nunca un golpe militar en Estados Unidos?— ¿No? —Porque no hay Embajada americana”. Resulta que ahora, felizmente, las Embajadas norteamericanas tienen una posición activa en favor de la democracia, y éste es un factor positivo porque en la historia antecedente constituía un estímulo, una ayuda, un apoyo, para los que ambicionaran derrocar los gobiernos existentes, si no eran del agrado de los Estados Unidos.

Ahora ¿cuántos problemas enfrenta en este momento la democracia en América Latina? En algún simposio escuché también esta afirmación que creo que desgraciadamente tenía mucho de verdad y que me ha mortificado mucho: las nuevas democracias en América Latina en general adolecen todavía de una cierta fragilidad, dan la impresión de no estar definitivamente consolidadas; por eso estamos hablando aquí, de la problemática de la consolidación del sistema democrático en América Latina.

¿A qué se debe esa fragilidad? Pienso que hay dos factores fundamentales. Claro que hay otros subyacentes, el factor de la educación de la conciencia pública, que nos hace recordar la frase histórica de Sarmiento que dijo: “... si el pueblo es el soberano, hay que educar al soberano...”. No la educación propiamente en los niveles primarios, secundarios, etc., sino la educación para la

democracia es algo que indudablemente no hemos llevado adelante de un modo satisfactorio. Muchas veces a través de los medios de comunicación, que ejercen una influencia tan grande, por boca de personas de gran autoridad intelectual o literaria, en vez de fortalecer, de orientar, de iluminar la conciencia del pueblo en torno al hecho mismo de la vida en libertad y el respeto a los derechos humanos, se tiende a sembrar un conjunto de dudas e inquietudes, y desde luego, los aspectos negativos que se pueden imputar a cualquiera de nuestros gobiernos, en la situación actual se convierten en una especie de alegato contra el propio sistema, si no una forma directa (que a veces también lo es)... en una forma directa, muchas veces en forma encubierta.

Pero ¿cuáles son los obstáculos o las principales dificultades? Me fijó principalmente en dos: una es, sin duda, el del encaje de las Fuerzas Armadas dentro de la institucionalidad democrática. Este problema, evidentemente, es un problema delicado y difícil. Algunos dicen ¿por qué no generalizar la solución costarricense, la eliminación de las Fuerzas Armadas? Pero ¿hasta dónde esta eliminación es total y definitiva y hasta dónde de todos los países pueden darse el lujo de esa eliminación?

En Cuba, el Presidente Fidel Castro llegó al poder con un programa que anunciaba la eliminación del Ejército y el resultado ha sido la creación de unas Fuerzas Armadas que son las más fuertes de todo el Hemisferio, en proporción con la población cubana. Este fenómeno es tan impresionante que hay un caso que algunas veces he mencionado, a saber, el del primer Gobierno del Presidente Paz Estensoro en Bolivia. Paz Estensoro llega al poder mediante una revolución y elimina el Ejército, las Fuerzas Armadas existentes; se crean unas fuerzas armadas partidistas, con carnet del MNR en el bolsillo, y su propio compañero de fórmula electoral, el General Barrientos, es el encargado de movilizar las Fuerzas

Armadas para derrocarlo. Esto revela que el problema es de una profundidad mucho mayor de lo que se pudiera pensar.

Ese proceso, indudablemente, es difícil. Si alguien nos podría informar —creo que esta mañana hizo una exposición muy luminosa e impresionante— es el Presidente Alfonsín, para poder manejar esta situación tan delicada y tan peligrosa. La situación del Uruguay fue muy curiosa, porque dictada una ley de amnistía para los guerrilleros, consideraron la necesidad de dictar una ley de amnistía para los militares; hubo un movimiento plebiscitario para pedir la derogación de esa ley a través de la voluntad popular, recogieron 100.000 firmas para pedir el plebiscito, la población de Montevideo se pronunció en una forma abrumadora por la eliminación de la ley, pero en el país, en definitiva, el resultado fue el de mantenerla; creo que muchos que votaron en Montevideo por razones de principio para que se eliminara la ley, respiraron un poco más tranquilos cuando supieron que el resultado nacional había sido el de dejar las cosas como estaban.

Pero lo otro es la situación económica y esto es lo que, desgraciadamente, países como los Estados Unidos, que manifiestan un interés que considero muy sincero en que el sistema democrático exista en América Latina, no entienden a cabalidad, la necesidad de atender de una manera sincera, leal, urgente, inmediata, el problema económico, que se agrava por causa de la deuda externa. La deuda no es el problema más grave que tienen los países de América Latina, pero sí el más urgente; su resolución no va a resolver los demás problemas, pero su existencia impide enfrentar con éxito los otros problemas. Confieso que me siento profundamente hostil a las recetas del Fondo Monetario Internacional, que para darle un certificado de "buena conducta" a los países deudores les imponen lo que llaman *Sound Eco-*

conomic Policies. En una respuesta que me dio el Secretario Baker ante una pregunta que le formulé en una reunión en Atlanta, me dijo que no veía por qué las conductas económicas que en Estados Unidos habían producido libertad y riqueza, no podían producir el mismo resultado en otros países, como si las situaciones no fueran distintas y como si el proceso que allá produjo ese resultado, pudiera repetirse al pie de la letra en nuestros países.

En una reunión en Guatemala, el Secretario Ejecutivo de la CEPAL hizo una exposición realmente impresionante, de la cual solamente quisiera leer un párrafo. Dice:

Quisiera hacer hincapié en que en relación a la época de la postguerra, o sea, en 1950, la situación de América Latina y el Caribe, en 1980 era muy distinta. Treinta años. En primer lugar, la población de la región se elevó de 150 a 340 millones de habitantes; en segundo lugar, se logró alcanzar una tasa de crecimiento de 5.5% anual en términos reales, lo cual equivale a duplicar con creces el ingreso real por habitante en esos 30 años. En tercer lugar, en 1950 menos del 40% de la población vivía en áreas urbanas, hoy es el 65%. En cuarto lugar, la región se transformó; por ejemplo, el grado de industrialización pasó de 19 a 25%, así mismo la población de la región cambió cualitativamente; para citar un dato, el grado de analfabetismo se redujo de 50 a 20%, y el número de estudiantes en el 3er. ciclo de enseñanza primaria, se elevó de 245 mil a 4 millones y medio; además en estas sociedades la estratificación social se modificó y surgieron segmentos medios de importancia en todos los países.

Luego ¿qué pasó? El planteamiento del problema de la deuda, la modificación arbitraria y unilateral de las tasas de interés, la renovación de las obligaciones para pagar esos mismos intereses, la transferencia monstruosa de capital que ha habido de los países de América Latina hacia los países acreedores. Creo, realmente, que esto plantea a todos los gobiernos electos democráticamente una situación sumamente grave, sumamente se-

ria. En estos días observaba que en todas las elecciones que ha habido en América Latina últimamente ha ganado la oposición; donde gobernaba la derecha ha ganado la izquierda o donde gobernaba la izquierda ha ganado la derecha, si es que se pueden llamar izquierdas o derechas los tradicionales partidos conservadores y liberales en algunos países.

Después de que ganó la oposición de derechas en el Salvador contra el gobierno Demócrata Cristiano, en Honduras ha ganado el Partido Nacional contra el Partido Liberal, en el Ecuador ha ganado el Partido Social Demócrata, en Argentina ganó el Partido Peronista contra el Gobierno del Partido Radical, en Uruguay acaba de ganar el Partido Blanco contra el Partido Colorado, en el Brasil se estaba disputando la elección final entre dos candidatos de oposición y alguien dijo, (yo no lo creo, aspiro a que esto sea falso, pero la frase me impresionó, creo que la recogió Pedro Nikken en un viaje por allá, le dijo un amigo): tenemos que escoger entre un cáncer del pulmón derecho y un cáncer del pulmón izquierdo. Lo cierto es que la oposición ganó, y la oposición está por ganar en el Perú, y la oposición ganó en Chile, ¿por qué? porque los pueblos piensan que el cambio de gobierno les va a dar un alivio, es casi la aplicación de aquel refrán popular de que "mientras el palo va y viene descansan las costillas". En el fondo, para mí eso explica el populismo: el populismo no es una doctrina, el populismo no es una tesis, el populismo es una respuesta casi inevitable de los gobernantes electos por el sufragio popular, que como no le pueden devolver a sus pueblos lo que sus pueblos esperan, como no pueden realizar sus esperanzas, toman medidas que puedan impresionar aquí o allá para que los pueblos sepan que hay por lo menos el deseo de mejorarlo, aunque a veces las medidas que adopten se vuelvan contraproducentes.

El peligro, pues, existe aunque, afortunadamente, la situación angustiosa que estamos viviendo ha venido a demostrar que frágiles y todo, esas democracias nuevas son más resistentes de lo que los intérpretes y los observadores pensaban. Y el deber de los latinoamericanos es fortalecer su situación.

El Presidente Pérez, en su discurso en la instalación de este Seminario, hizo una serie de planteamientos; quizás dentro de esos planteamientos el que sería más interesante de analizar, de discutir y quizás de encauzar es lo que yo tal vez llamaría "internalización de la doctrina Betancourt". Cuando gobernaba el Presidente Rómulo Betancourt planteó la tesis de no reconocimiento de los gobiernos *de facto* surgidos de movimientos contra gobiernos populares. Esta tesis la llamaban los uruguayos "doctrina Tobar", por haber sido la posición sostenida por un Canciller de la República Oriental de ese nombre, y se contrapone a la doctrina Estrada, que México sostiene desde 1930, según la cual la combinación de relaciones con un nuevo gobierno no puede envolver la calificación de ese gobierno, porque sería un acto de intervención contrario al espíritu tradicional del derecho internacional. Creo que hay una tendencia clara, una orientación hacia la aceptación en principio de aquella tesis, pero la realidad política impone una condición: que la actitud se adopte por la comunidad de naciones y no por un país aisladamente. ¿Qué ganó Venezuela con aplicar la doctrina Betancourt? Irse aislando en el Continente, porque surgía un gobierno *de facto* en el Ecuador, se rompían relaciones; surgía un gobierno *de facto* en el Perú, se rompían relaciones; surgía un gobierno *de facto* en el Brasil, se rompían relaciones; surgía un gobierno *de facto* en la Argentina, se rompían relaciones; y Venezuela era la que se castigaba a sí misma aislándose. Algo parecido a lo que ocurrió con la Conferencia Interamericana que se reunió en Caracas cuando gobernaba

ba una Junta Militar: que dos países, el Uruguay y Costa Rica, decidieron no asistir como protesta pero al fin y al cabo los que se excluyeron fueron ellos. Tendría que pensarse realmente en ese fenómeno que iría a ser verdad si se alcanza la integración.

A mí me tocó, cuando asumí el gobierno en Venezuela, terminar la aplicación de la doctrina Betancourt, y dije: no porque no esté de acuerdo con la tesis, con los principios que le inspiran, con las razones filosóficas que la justifican, sino porque la realidad indica que nuestro país no puede aplicar aisladamente esa norma, porque el resultado es contrario al que se pretende buscar. Recuerdo que una vez, en la Universidad de Notre Dame, cuando íbamos a recibir los doctorados honorarios, departí con un diplomático norteamericano muy agresivo, con el mismo nombre, por cierto, de un gran literato universal: Thomas Mann, que era subsecretario de Estado o algo por el estilo. Cuando le discutí la tesis me respondió en forma agresiva: —Usted comprenderá que Venezuela puede romper relaciones con el Brasil y no pasa nada, pero si los Estados Unidos rompen relaciones con el Brasil la situación es muy distinta. Conforme, pero si los Estados Unidos se encontraran con que tiene que romper las relaciones porque las rompe *toda la comunidad* latinoamericana, probablemente se pueden evitar situaciones como la dolorosísima que acaba de ocurrir en Panamá. Por tanto, creo que sería interesante estimular esta idea, de plantear una solidaridad hemisférica, quizás la aprobación de alguna convención, bien estudiada, bien considerada para que haya un compromiso solidario que evite el que cualquier usurpador viole los Derechos Humanos, desconozca la voluntad popular y se enseñoree por su mera voluntad del Gobierno.

En todo caso, pues (me he extendido ya mucho, quisiera terminar nuevamente agradeciendo y reiterando

mi optimismo) sí creo, en verdad que el proceso democrático que se está viviendo en América Latina es positivo. El mismo hecho de que los resultados electorales hayan determinado el traspaso del poder a candidatos y partidos de oposición, viene a fortalecer la convicción de que el sistema funciona, porque parecería mucho más fácil de funcionar si hubiera una continuidad en la misma corriente gobernante, aún cuando fueran distintos los personeros.

Este hecho indudablemente es fuerte; pero tendríamos que hacer —y esto lo voy a decir para terminar—, un esfuerzo más que retórico para la solución del problema de la deuda. Los Presidentes de América Latina se reúnen, dicen hermosos discursos, redactan brillantes declaraciones, pero no se ha dado el momento en el cual tomen una actitud conjunta. No es que el arreglo de la deuda se haga entre todos, como un club de deudores, expresión que han rechazado muchos y especialmente los gobernantes mexicanos, pero que se establezcan ciertos parámetros generales. Yo estoy convencido de que si todos los gobiernos de América Latina dijeran: —no pagamos los intereses que nos están cobrando sobre 100% de una obligación que no vale en el mercado más del 30 ó 40% (o todavía menos), hasta que no nos solucionen el asunto, tendrían los otros que solucionarlo. Si lo hace un Presidente Allan García por su cuenta, pues lo aplastan, si lo hace un gobierno aisladamente, vienen en contra de él todas las represalias. Pero si operara la solidaridad para reconocer que este sistema de injusticia no puede prolongarse indefinidamente y que la solución no puede dejarse al tiempo ni ir resolviendo caso por caso y ¡que los otros vengan después!, creo que podríamos despejar este frente tan peligroso y tan negativo actualmente para la democracia en los países latinoamericanos.